



Desde el balcón del Ayuntamiento de Quebec, el general De Gaulle (apenas visible en la foto) se dirige a la multitud, una de sus mayores debilidades.

UN REY EN QUEBEC

A De Gaulle le encanta verse rodeado de multitudes y del entusiasmo popular. La carrera de globe-trotter del general ha llegado a su punto culminante al borde del Saint Laurent. Quebec ha recibido, al fin, la visita del rey de Francia que se venía esperando desde hace doscientos cincuenta años. De Gaulle borrado provisionalmente el rencor acumu-

lado durante siglos por los descendientes de los campesinos normandos, bretones y charenteses contra una madre patria que les abandonó en mitad de sus «acres de nieve».

En el pasado mes de abril, el primer ministro neoconservador de Quebec, Daniel Johnson, un descendiente de esos irlandeses asimilados a la comunidad francófona cuyo nacionalismo suele ser

más vivo que el de los franceses de pura cepa, se había negado a asistir a las ceremonias de entronización del nuevo gobernador general del Canadá, Roland Michener. Mientras la reina Isabel no ha sido invitada, el general De Gaulle ha sido recibido en Quebec y en Montreal, donde ha borrado la derrota de los Campos de Abraham, último bastión de la resistencia francesa.

DE GAULLE EN CANADA

canadienses a los Estados Unidos son tema de preocupación para muchos canadienses». («Información Please Almanac», Nueva York, 1964.)

Sin embargo, muchos economistas creen que Quebec no podría subsistir por sí sólo. Es una provincia eminentemente agrícola frente a las grandes regiones industriales de Toronto y Ontario; el establecimiento de una tarifa aduanera en la frontera de Quebec y de Ontario sería una catástrofe para la pequeña industria local, eminentemente textil. Otros observadores creen que la escisión de Quebec haría estallar la federación toda entera, y las provincias de habla inglesa irían a integrarse en los Estados Unidos. ¿Podría recibir Quebec ayuda de Francia? En los últimos años se ha intentado el establecimiento de fábricas de Peugeot y Renault —inmediatamente, la General Motors americana inició planes de fabricación de automóviles en Quebec— y numerosos capitales franceses y hebreos huidos de África del Norte han ido a invertirse en Canadá. Todo ello, dicen los economistas, no es suficiente; y Francia no podría hacer nada.

¿Qué ha impulsado a De Gaulle a hacer sus declaraciones terroristas, interrumpiendo después su visita? Las explicaciones son varias. El «Times» de Londres lo achaca a posibles desvaríos de la edad provecia del general —el «Times» es ahora propiedad de lord Thompson, que ha hecho toda su inmensa fortuna en el Canadá británico—. Otros creen que forma parte de su hostilidad contra Inglaterra y contra Estados Unidos. Probablemente no se trata más que de un estallido de nacionalismo, a la vista de la «francesidad» —vocablo nuevo acuñado por De Gaulle, imitación del vocablo «hispanidad»— con que se le recibía; y quizá con la seguridad de que Quebec será un día realmente independiente y libre, y volverá a establecer una cierta unidad con Francia. Pertenece a la idea de reconstrucción lingüística —la «francofonía», otro invento semántico del general— del viejo imperio francés, utilizando los lazos del idioma y de la cultura, para convertir Francia en una «madre patria» lejana y adorada, ya que otra cosa no puede ser por ahora.

E. H. T.

Aparte la oportunidad o no de las declaraciones del general, de sus llamamientos a la independencia durante una visita diplomática, se ha revelado una vez más el acuciante problema nacional canadiense.



Pero las satisfacciones morales no son, evidentemente, las únicas que el general ha ido a buscar al borde del Saint-Laurent. Con sus seis millones de habitantes francófonos en posesión de un nivel de vida cercano al de los americanos, con sus riquezas naturales apenas explotadas —el hierro del Labrador, que es el mejor del mundo, el uranio, los bosques—, con las necesidades de una indus-

tria vetusta, pero en plena evolución, Quebec, bien comunicado con Francia por vía marítima, representa un interlocutor económico precioso, pero hasta ahora muy poco tenido en cuenta.

Las relaciones debieran ser facilitadas por el hecho de que, bajo la influencia de los «jóvenes turcos» liberales, desde hace diez años en el poder, Quebec está dotado de ciertas instituciones eco-

nómicas semejantes a las francesas: una «planificación ágil» que reserva al sector público —el más importante de toda la América del Norte— el papel de inversor privilegiado en sectores esenciales para el desarrollo nacional y establecimientos como la Hydro-Quebec, gigantesca máquina de energía barata; la Société Générale de Financement, que es similar a la Caja de Depósitos y Con-

signas francesa, y la SIDBEC, primera instalación siderúrgica canadiense, que debe transformar una parte de la producción de Schefferville. A pesar de estas múltiples facilidades, la industria francesa aún no ha llevado a cabo grandes esfuerzos. Sólo algunas empresas estatales o semiestatales, la Régie Renault, Air-Liquide, han creado en colaboración con algunos capitalistas canadien-

SIGUE

UN REY EN QUEBEC

ses, establecimientos que les permitan alcanzar el mercado norteamericano sin dejar de disfrutar de facilidades idénticas a aquellas de las que disponen las firmas americanas implantadas en los países del Mercado Común.

Desde hace algunos años, el Canadá —todo el Canadá— se ha dado efectivamente cuenta del estado de semicolonialismo en que se encuentra en relación a los Estados Unidos: semicolonialismo no sólo económico, sino militar —las fuerzas aéreas y navales canadienses están integradas tan estrechamente en el sistema de defensa norteamericano que pueden encontrarse en estado de guerra sin que Ottawa haya sido consultado— y social (los sindicatos ca-

nadienses, excepto la C. S. H., central canadiense-francesa de origen cristiano, están afiliados a la A. F. L. C. I. O.).

Muchos canadienses anglófonos —sobre todo los recién emigrados— se resignarían fácilmente a convertirse en ciudadanos de un quincuagésimosegundo estado americano, lo que por otra parte ya son de hecho.

Pero hay dos serias resistencias a esta integración: el poderoso partido laborista canadiense, que lleva a cabo una vigorosa campaña contra el «continentalismo» aceptado por los liberales, y los canadienses franceses que, en su mayoría, temen perder su especificidad en el seno de un conjunto

anglosajón de ciento cincuenta millones de habitantes. Bajo la influencia de Quebec y de sus perpetuas amenazas de secesión, y ante el peligro de ver capitalizar el nacionalismo canadiense por los laboristas, el gobierno de Ottawa multiplica los signos de «descomprometimiento» respecto a los Estados Unidos. La visita del general De Gaulle no puede sino confirmarles en estas «buenas intenciones»: «Sois canadienses y tenéis razón al serlo...».

Pero las veleidades de independencia del Canadá, igual que las de Méjico, donde el éxito de prestigio del general no fue seguido por ningún resultado, son muy limitadas. El Canadá no tiene posi-

bilidades serias de aflojar el tornillo de su poderoso vecino más que haciendo una política de alianza con toda Europa.

Quebec y Francia no bastan. Todo el Canadá es un bocado demasiado grande para la economía francesa. Y dado que los canadienses, francófonos o anglófonos, son pragmáticos, corren un enorme riesgo, una vez apagados los faros, de encontrarse un tanto humillados ante su gigantesco vecino. El viaje del general parecerá entonces un simple esfuerzo colectivo para mejor soportar la gris realidad cotidiana.

SERGE MALLET

(Fotografías: REPORTERS ASSOCIÉS Y EUROPA PRESS)



No ha sido únicamente satisfacciones morales lo que De Gaulle ha buscado al borde del Saint Laurent; los seis millones de canadienses francófonos, con un alto nivel de vida, similar al del pueblo norteamericano, pueden ser un interlocutor económico precioso para Francia que hasta ahora ha sido muy poco tenido en cuenta.

